

Esa maldita costumbre de morir, Juan Manuel Roca, Bogotá, Alfaguara, 2003, 263 pp.

En su primera novela, *Esa maldita costumbre de morir*, Juan Manuel Roca prosigue la tarea de fabricar espejos que había emprendido en su poesía, pero el reflejo de su prosa, a diferencia de la síntesis que exige el poema, no es en esta oportunidad una instantánea de la vida fluctuante y huidiza, sino un extenso tapiz en el que se entrelazan en una misma urdimbre la saga fantasmal de una familia y la historia de un país, entrevistados a través de las obsesiones y anhelos de dos hermanos que escriben con plumas diferentes en un mismo cuaderno de bitácora el diario de sus lecturas y sus días.

En la vieja casona fantasmal donde moran los hermanos ensimismados en su particular enajenación el tiempo parece detenido en los cristales y en los libros mientras cada uno se entrega en solitario a su ceremonia de fuga y de rescate, confiando en la eficacia de su método para exorcizar el tiempo ominoso que los cerca. Camilo extrae del viejo espejo familiar, como de un álbum de ausencias, las imágenes de sus muertos más queridos. Mientras Fabricio escribe cartas demenciales a criaturas que sólo habitan en los libros en un esfuerzo desespe-

rado por interrogarse a sí mismo y a su tiempo.

Esta forma de autismo que gobierna la existencia de ambos hermanos crea una enemistad entre ellos que en un principio los separa pero que luego se desvanece cuando, por arte de un oscuro escamoteador que se ha apoderado del país, empiezan a desaparecer en la ciudad los espejos y los hermanos, que hasta entonces habían evitado mirarse a la cara, se reconocen cada uno en la imagen del otro y descubren con asombro que las diferencias que los han mantenido alejados son tan sólo aparentes, pues su afición a los espejos y a los libros son únicamente formas diferentes de forjarse una identidad única e irrecusable que les ha permitido mantenerse a salvo del aborregamiento colectivo que pretenden implantar los siniestros censores que sirven al poder.

A partir de este momento, la novela entra en el *crescendo* de una pesadilla orweliana: alude a la historia más reciente de Colombia y los espejos y los libros como salvaguardias de la identidad son condenados por mandato del gran líder. A su vez, empiezan a ser perseguidos sistemáticamente por censores furiosos dispuestos a exterminarlos de la faz de la tierra en una cacería de brujas sin cuartel que termina arrastrando en su hecatombe a los

dos hermanos decididos a defender su reflejo hasta el último aliento de su vida.

Parábola de una sociedad obnubilada por el odio que, incapaz de asimilar las enseñanzas de su propio pasado, se deja dominar por la ira y los peores instintos, *Esa maldita costumbre de morir* es también una novela contra el gregarismo de nuestros días que reivindica orgullosamente el derecho a la obsesión y la individualidad. El espejo del político que anula las conciencias para conseguir que todos nos identifiquemos con su tiránico reflejo es destructivo, pero el espejo íntimo y privado que arrastra cada hombre por el mundo, formado con sus lecturas y su vida, es el manantial de los deseos humanos, el venero donde se hunden las raíces del arte y de la personalidad.

Samuel Serrano

Los refugios de la memoria. Un estudio espacial sobre Julio Ramón Ribeyro, Javier de Navascués, *Iberoamericana*, 125 pp., Madrid/Frankfurt, 2004.

Julio Ramón Ribeyro, uno de los más importantes cuentistas en lengua española y miembro excéntrico de la peruana «genera-

ción del 50», está reconocido como un autor altamente influido por la tradición realista decimonónica. Esta adscripción requiere ser matizada: Ribeyro, escritor plenamente contemporáneo en cuanto a su mentalidad escéptica y poliédrica de la realidad, no comparte las visiones totalizadoras que, todavía en el siglo XIX, los escritores habían mantenido por su fe en el positivismo científico. Sin embargo, conviene rescatar de esta vinculación entre Ribeyro y el realismo (con el que establece, antes que una imitación, un diálogo fecundo) la especial dimensión significativa y simbólica de la que supo dotar a la categoría del espacio.

Javier de Navascués atiende a este campo de la narratología, tan frecuentemente descuidado, revelando su profundo conocimiento tanto de la escritura de Ribeyro como de su evolución intelectual y estética. En efecto, de la actitud testimonial adoptada durante una época de cambios (la modernización y engrandecimiento de Lima en los años 50-60, percibida desde la lejanía de unas ciudades europeas desmitificadas cuando se convierten ellas mismas en escenario), que no excluye la actitud de crítica social, Ribeyro pasará en sus obras de madurez, consumado ya el cambio, a una nostalgia que marca claras distancias con

respecto a otros tipos de idealización vigentes en el canon de la literatura peruana, como el costumbrismo de Palma o el indigenismo de Arguedas. Ribeyro crea un «universo familiar», burgués y contemporáneo, más cercano por ello al lector que las reliquias incaicas o el aristocratismo virreinal.

De los espacios y de las técnicas que sirven a Ribeyro para su apropiación (interiores, exteriores, diversas amplitud y funcionalidad de la descripción en novelas o cuentos) se vale Navascués para analizar sus valores simbólicos: se otorga especial importancia a elementos como la ventana, la torre, o el jardín y las flores que ven invertida su significación tradicio-

nal (el escenario erótico, la primacía de la rosa). Y estudia también, en definitiva, los valores que sostienen la recreación realista de Julio Ramón Ribeyro: un escepticismo que se tratará de contrapesar con el arraigo en la nostalgia del universo perdido, de la infancia y, por último, la familia, como razones sólidas para existir a despecho de la insatisfacción cotidiana (quizá hubiera sido de agradecer, acerca de este tema, un mayor espacio que el que se le dedica en la conclusión, aun a riesgo de apartarse de las cuestiones puramente espaciales).

Manuel Prendes

El fondo de la maleta

Elvio Romero (1926-2004)

Nacido en la localidad paraguaya de Yegros, desempeñó desde su niñez diversos oficios, entre ellos el de carretero. Formó parte de la vida literaria de Asunción hasta que el golpe de Estado de 1947 lo obligó a exilarse en la Argentina. El resto de su vida transcurrió en Buenos Aires, donde se relacionó con poetas de diverso origen y común ideología: Rafael Alberti, Pablo Neruda, Raúl González Tuñón.

La poesía de Romero apunta a lo social y se reclama de voces epónimas, populares, anónimas.

Su catálogo poético se inicia en 1948 con *Días roturados* y llega a *Flechas en un arco tendido* (1994), sumando títulos como *De cara al corazón*, *Destierro y atardecer* y *El viejo fuego*. En prosa publicó una biografía de Miguel Hernández.

En 1989, derrocado el dictador Stroessner, volvió al Paraguay donde se incorporó al PEN Club, la Academia Paraguaya y al Premio Nacional. Desde 1995 se desempeñaba como agregado cultural en la embajada de su país ante el gobierno argentino.